



<p>EDICION DE LUJO.</p> <p>—</p> <p>Dos reales</p> <p>AL RECIBIR EL NÚMERO.</p>	<p>DIRECTORA,</p> <p>LA BARONESA DE WILSON</p> <p>—</p> <p>EDITORES PROPIETARIOS,</p> <p>J. CASTRO Y COMPAÑÍA.</p>	<p>EDICION ECONOMICA.</p> <p>—</p> <p>Un real</p> <p>AL RECIBIR EL NÚMERO.</p>
<p>Año II.</p>	<p>Madrid 29 de Febrero de 1872</p>	<p>Núm. 8.º</p>

SUMARIO.

Revista de modas y labores, por la Baronesa de Wilson.—Escenas de la niñez, por Carlos Mestre y Marzal.—La flor del Angel, por la señora doña Gertrudis Gomez de Avellaneda.—Química doméstica, por Hinnova.—El Libro del corazon, por don Ramon Ortega y Frias.—Los abanicos imperiales, por la Baronesa de Wilson.—Explicacion de los grabados.—Consejos,

REVISTA DE MODAS Y LABORES.

I.

Hemos dicho, y repetimos de nuevo, que la elegancia, la verdadera distincion para vestir, es innata en ciertas personas.

Por ejemplo, vemos un lujoso traje, costosas pieles, ricas plumas, joyas de gran precio, y sin embargo, hay ocasiones en que un sencillo vestido hace doble efecto y llama la atencion con más preferencia. ¿Por qué? Nada más fácil de comprender.

El lujo da indudablemente un sello particular; pero lo que jamás puede conseguirse con todo el oro, es el buen gusto, si este no lo presta la naturaleza: es lo mismo que la belleza.

La elegancia puede existir en todas las clases de la sociedad; pero relativamente, la señora de la clase media no puede ostentar para trajes de calle las mismas galas que la

gran señora en sus lujosos carruajes, ni la esposa ó hija de un jornalero, las sedas ni terciopelos.

Una de las teorías más necesarias para saber vestir bien, es escoger los colores á propósito con el tipo especial de cada cual.

El rosa oscurece el blanco cútis de una señora rubia, y el azul hace más morenas á las trigueñas.

En la perfumada y gozosa primavera son admisibles los colores vivos, las flores, la gracia en la forma y en el fondo; no así en el invierno, pues en un dia sin sol, en que la lluvia hace aparecer todo sombrío, formaria desagradable contraste un traje color de rosa ó blanco.

Del mismo modo se deben adoptar en la primavera de la vida, colores y modelos, que en el otoño serian altamente ridiculos.

Hay algo de solemne en los trajes y adornos de una señora que sabe llevar con dignidad las arrugas sobre el rostro y la nieve en los cabellos, y del mismo modo inspiraria risa si una jóven se vistiera y presentara como una señora de edad provecia.

Pero dejo correr mi pluma, charlando como una cotorra, y ya debemos ocuparnos de los modelos de Semana Santa, para que nuestras lectoras empiecen á preparar sus trajes.

Los vestidos de faya negra se bordean ó bordan con seda blanca, pero poco recargados, y se completan con un sombrero de faya negra, con cascadas de encaje, penacho de plumas y bridas de faya.

La túnica de este vestido forma delantal, ondeado á los costados con *puff*; este traje puede adornarse con faya violeta, lo que forma un todo elegantísimo, sobre todo porque se debe procurar no usar más de dos á tres colores, para la armonía del conjunto.

Las túnicas *princesa* son verdaderamente á propósito para los trajes severos, abotonadas, ondeadas á los costados, y guarnecidas con un encaje Chantilly, formando por detrás una amplia sobrefalda, redondeada y drapeada, con un gran lazo en la cintura.

La manga es semi-ajustada, con carteras cuadradas y abiertas.

Digno de describirse es un precioso traje *marquesa*, cuyo modelo era rosa, pero que puede hacerse negro, morado, azul ó gris, adornado con lazos de faya y encaje.

La falda era de cola, como todas las de vestidos de etiqueta, y tenía un volante fruncido y ondeado, y como estaba destinado para sociedad, sobre el volante se veía una guirnalda de lazos rosa y blancos; la túnica estaba abierta sobre un delantal de faya azul, adornado con volantes de encaje de Alenzon y lazos rosa.

La manga solo llegaba hasta el codo, verdadero estilo Luis XV, y concluía con un volante ondeado.

Peinado Luis XV, con plumas rosa y caídas de encaje.

Este modelo se ha reproducido para una suscritora de EL FIGURIN, haciéndole oro y blanco con lazos de faya, pues estaba destinado á una graciosa morenita, y para la misma encantadora jóven se hizo otro traje de terciopelo negro con túnica de cachemir de Esmirna, adornada con bordado y fleco.

Para la Semana Santa, se usará mucho el cachemir; azul, rosa, grosella, para el Jueves Santo; negro y violeta para el Viernes.

Los guantes se llevarán muy largos, á causa de las mangas anchas, y sobre todo para sociedad, se llevarán con ocho ó diez botones.

Los abanicos más en boga, son de nácar ó marfil, de regular tamaño, y con el país de cabritilla ó de seda bordada.

Como vestido serio ó para luto, citaremos uno de glasé negro, con túnica y volantes de granadina, y bordeado con un encaje blanco ó negro: el corpiño es de seda, con escote cuadrado, y la manga semi-ancha, abierta hasta el codo.

Un lindo collar de azabache y una cruz de lo mismo, así como el adorno del cabello, completan este elegante vestido.

La túnica puede hacerse, en lugar de la de granadina, de gasa de Chambery, adornada con encaje de Malines ó de Brujas.

Modelos de vestidos para trajes de calle y paseo, encontrarán en este número nuestras lectoras con profusión, pues aun cuando involuntariamente, habiendo aparecido el número último sin grabados de modas, justo es que en este encuentren reparada esta falta.

Muy pronto hablaremos de trajes para primavera; pero deseando no ser indiscretas, guardamos el secreto todavía.

He visto en estos días un traje de viaje que una dama extranjera, de elevadísima clase, ha comprado en París.

El vestido era de raso color bronce, con túnica de felpa

de seda, y chaqueta de terciopelo, adornada con pieles. El sombrero era redondo y levantada el ala por un lado, con una pluma, que formaba como una elevada diadema.

Lindos modelos para enaguas hemos admirado en un ajuar de novia, entre otros los tres siguientes:

Un gran volante á tablas anchas guarnecía la primera, y caía sobre otro de medias tablas pequeñas: una trenza al biés, de la misma tela, formaba la cabecilla.

El segundo tenía un ancho bullonado, sujeto á cada extremo con un biés pespunteado, cabecilla de un volante á grandes picos, bordeados con otro biés, y que forman pabellon sobre otra guarnicion encañonada.

Por último, el tercer modelo es con un volante ancho, ondulado y á tablas de distancia en distancia; dos trencillas negras adornan el bajo del volante, y otra, colocada figurando guirnalda de hojas de parra, guarnece la cabeza; este modelo era original, y hacía lindísimo efecto.

Grabado núm. 1.



II.

Una banda de tapicería, cuyo fondo era encarnado oscuro, y destinada para *portieres*, llamó nuestra atención por la novedad del dibujo.

Formaba éste una especie de cuadros grandes, y en el fondo de cada uno un escudo de diferentes colores, como, por ejemplo, negro, grana, azul, oro y marrón.

Puede emplearse este mismo dibujo para zapatillas, alfombras, sillas ó cojines.

Muy bellos son y muy en boga para canesús de camisa, pecheras de chambra y guarniciones para mangas, esos encajes del Renacimiento, que hacen un efecto rico y elegante, sobre todo ahora, en que la moda para muebles, encajes y trajes, tiende á evocar los recuerdos del pasado, cual si deseara no relegar á un completo olvido las bellas creaciones que fueron un día el deleite y las galas, de las damas de la corte de Catalina de Médicis y de Luis XIV.

El entredos, punto de Venecia, que hoy presentamos, es uno de los de mejor efecto, y cuyo dibujo debe trazarse sobre papel y colocar este sobre hule verde cubriéndolo con una tira de batista.

Se perfila el dibujo con algodón grueso, y los contornos de las hojas á punto de feston con algodón más fino, las venas y tallo á cordoncillo.

Con el punzon se abren los ojete y se festonean. Las barritas se harán pasando un hilo de un extremo á otro, y cubriéndole con feston muy unido, pero sin tocar á la batista.

Los contornos se bordan con dos festones, dejando entre ellos un pequeño espacio de batista.

Hecho esto, se levanta la tela y se recorta por debajo, no dejando la batista más que en el fondo de las hojas y el espacio de los contornos festoneados.

Este bordado es fácil y de un lindísimo efecto, para cuellos, mangas, camisas y entredoses para batas y peinadores.

El quinto grabado hecho al crochet y *frivolité*, puede hacerse también de crochet solo empezando por las flores y

haciendo 7 cadenetas y á la 5.^a se hacen dos puntos de *frivolite* segunmarca el dibujo.

Los bordes exteriores se componen de 11 puntos dobles y 5 cadenetas.

La Baronesa de Wilson.

ESCENAS DE LA NIÑEZ.

—¿Qué tienes, hija?

—Un pesar
Que el corazon me atormenta.

—Quiero que de él me des cuenta,
Por si le puedo aliviar.

—Yo no sé cómo decirte
La sorpresa que he tenido.
—Pero ¿quién, niña, ha podido
De tal manera afligirte?

—¿Cómo sin él, madre mia,
Podré vivir?

—No comprendo...
—Aquí me dejó sufriendo
Cuando tanto le quería.

—Pero ¿es posible que así
Te expreses niña, en tu edad?

—Te hablo la pura verdad.
Le amé desde que le ví.

Grabado núm. 2.



—Hija, retrena, refrena
Ese lenguaje que extraño.
—Madre, detesto el engaño.
—¿Quién causa tu amarga pena?
—¿Aun no lo has adivinado?
¿Quién ha de ser, sino aquel
A quien hace un año, fiel,
Tomé bajo mi cuidado?

Yo mi cariño le dí,
Y él mi afan agradeció;
Cantaba, si estaba yo;
Callaba al verse sin mí.
Yo le cuidé con esmero,
Cifré en él todo mi bien.
—¿Mas quién es él, niña, quién?
—¿Quién ha de ser? mi jilguero.

—Dame un abrazo (¡inocente!)
 —Yo que alimento le daba
 Y el agua le renovaba
 De la cristalina fuente,
 Su amistad creyendo cierta,
 La jaula há poco le abrí,
 Y ausentándose de aquí
 Dejóme de espanto yerta.
 Y por más que le llamé,
 Burlando mi desconsuelo,
 Levantó, ingrato, su vuelo.
 Y alegre al campo se fué.
 —Eso era muy natural.
 —¡Tu disculpas su desden!
 Si yo le quise tan bien,
 ¿Por qué me pagó tan mal?
 —En tus infantiles años
 No puedes aún comprender,
 Que anublan siempre el placer
 Las penas y desengaños.
 Por lo demás, al jilguero
 A quien tanto regalabas,
 En una jaula guardabas
 Sin compasion, prisionero.
 Y por tu gusto pueril
 Sin sus padres le veías,
 Y gozar le prohibías
 Lo que gozan otros mil.
 Por más regalo, hija mia,
 Que en una cárcel tuvieras,
 ¿La libertad no quisieras?
 —La cárcel me mataría.
 ¡Ni un solo momento verte
 Ni disfrutar tu ternura!
 ¡Aquella cárcel oscura
 Cruel hiciera mi suerte!
 Si tú la juzgas cruel,
 No relegues al olvido,
 Lo terrible que habrá sido
 La estrecha jaula para él:
 Ora feliz en su viaje,
 De su libertad sediento,
 Ve que le saluda el viento
 Rizándole su plumaje.
 Y mientras tiende su vuelo,
 Con que la alta cumbre escala,
 Profundo quejido exhala
 Si vuelve la vista al suelo.
 Mas recuerda, en su emocion
 Que, con tu cariño, al cabo,
 No fué más que un pobre esclavo
 Encerrado en su prision.
 —Conozco la gran verdad
 Que en tu lenguaje se encierra.
 —No hay bien alguno en la tierra
 Que iguale á la libertad.

Cárlos Mestre y Marzal.

Puerto-Llano 18 de Febrero de 1872.

LA FLOR DEL ÁNGEL

(TRADICION VASCONGADA)

POR LA SEÑORA

DOÑA GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

(Continuacion).

Y la jóven sacó de su pecho el envoltorio que contenia las reliquias, fijando en él convulsivamente sus labios descoloridos.

Erlía lo tomó en sus manos, le abrió y contempló largo rato aquel polvo, corriendo gruesas lágrimas por sus pálidas mejillas, algun tanto tostadas por el sol ecuatorial.

—¡Ah!—pronunció al fin con un acento que partía el corazón;—sus cenizas, al ménos, están para siempre confundidas... Las nuestras, Rosa, no lo estarán jamás. Prométeme siquiera que esparcirás estos polvos en la tierra de mi sepultura, y que irás alguna vez á regarlos con tus lágrimas.

—Sí... sí... articuló ella entre gemidos; hasta que en aquella tierra se confundan pronto los restos de todos cuatro.

En tal momento llegaba sofocado el buen Anton, que habia corrido las montañas en busca de su mujer. Erlía la tomó por la mano y se la entregó diciendo:

—Hazla feliz, porque ha comprado ese derecho á precio de mi vida; y cuando yo no exista, no la impidas cumplir el último juramento que me ha empeñado, y en gracia del cual los ángeles la perdonarán, al fin, la infraccion de los primeros.

Dicho esto, desapareció entre los jarales, y Ondarra transportó entre sus brazos á Rosa, desmayada, á la pacífica mansion á que él creyó un tiempo llevar con ella la ventura, pero en la que comprendia ya que solo el dolor debía habitar para siempre. Violenta fiebre asaltó á la pobre jóven en aquel mismo dia, poniendo en riesgo su vida durante muchas semanas, y dejándola por convalecencia la tristeza sombría de una ictericia profunda.

Erlía, por su parte, pareció no ocuparse en otra cosa, desde la amarga entrevista, que en el cuidado asiduo del viejo labrador que le habia acogido en su desvalida infancia, y que se hallaba postrado por una parálisis incurable.

Empleó el dinero destinado antes á los gastos de un nuevo y feliz estado, en rodear de comodidades á su bienhechor y á la familia de éste, pagándoles con usura el generoso cariño que en otro tiempo dispensaron al huérfano.

Nada le complacia tanto como pasar las largas horas de la noche leyendo el libro de Job, cerca de la cama del anciano; por más que le molestase con frecuencia una tosecilla seca y angustiosa, durante la cual solía mancharse con sangre el pañuelo que llevaba á sus labios. ¡Ay! aquellas dos hermosas y juveniles existencias, heridas de un mismo golpe, podian ser comparadas á dos flores que—apenas abiertas á los besos del céfiro—reciben en su seno el gusano destructor que las va lentamente devorando.

Sin embargo, con los apacibles dias de primavera mejoróse algun tanto la situacion de Rosa, y esta circunstancia y los desvelos paternales que la prodigaba Anton, podian darle esperanza de un completo cambio favorable.

Félix luchaba tambien, con todo el vigor de sus veinte y dos años, contra aquella terrible enfermedad, cuyos progresos no ha alcanzado todavía á detener la ciencia, y que se ceba con tanto mayor encarnizamiento, cuanto es más florida la juventud de la víctima.

Mientras duró el buen tiempo no ocurrió nada que de contar sea; mas al caer amarillas las postreras hojas de los árboles, el pobre Erlía cayó tambien en su lecho para no volver á levantarse. La enfermedad le habia vencido al cabo, y corría con espantosa rapidez á su último período é inevitable desenlace.

Rosa, en tanto, sentia simpáticamente renovarse el progreso de su lenta consunción, y su alma se iba cubriendo de brumas más oscuras y tristes que las que el cielo tendia gradualmente sobre la hermosura marchita de los campos.

V.

Hubo aquel año un invierno riguroso. El frío era intensísimo; las cimas de las montañas no se desnudaban jamás de su pesado manto de nieve; continuas nieblas se interponian entre ellas y los valles y cañadas, robándoles la vista del firmamento, donde el sol avaro dejaba escapar escasamente algunos rayos fugitivos: y gracias si de vez en cuando, rompiendo un peñasco los espesos vapores, descubria lentamente sus picos descarnados, que á manera de fantasmas, tornaban á desaparecer entre las brumas.

No se oían otros rumores que el zumbido del viento entre los castaños desnudos y las encinas escarchadas,—en torno de los cuales solian revolotear medrosos algunos mudos pajarillos,—la caída de los aludes, y acaso los graznidos del cuervo oculto en los agujeros de las peñas.

Rosa no salía de su casa, pasando tan tristes dias casi inmóvil en su gran sillón de baqueta, mientras para distraerla, Anton le contaba largas historias de su viaje de marino, que ella escuchaba, por lo comun, visiblemente abstraída. Sin embargo, siempre al dejar la silla para trasladarse al lecho, alargaba su flaca y yerta mano á su marido, dándole gracias con una melancólica sonrisa. Ondarra movía tristemente la cabeza, osando apenas besar aquella mano, y al retirarse,—



107.5

EL ULTIMO FIGURIN.

ADMINISTRACION: PLAZA DE LA CEBADA, NÚMERO 11.—MADRID.

8-72

después de arroparla y arrullarla como un niño,—no dejaba ningún día de decirse á sí mismo :

—¡Está peor que ayer la pobrecilla!

Con todo, la rigidez de la estacion iba ya casi de vencida. Habia llegado el último día de Febrero, víspera del Angel Custodio, y la renovacion de la primavera, que se acercaba, era motivo de nuevas esperanzas para Ondarra. Aquella mañana el sol habia lucido sereno por muchas horas, reaniman-

do con sus tibios rayos á la querida enferma; aquella noche Anton no la habia oido suspirar entre las angustias del insomnio; y casi llegó á prometerse verla pasar gratamente su décimonono cumple años.

Felicitábase por ello el antiguo marino, y en muestra de su alegría iba á echar otro sueño en su mullido colchon,—renunciando por aquella vez á su hábito madrugador,—cuando sintió á Rosa levantada y andando por la alcoba, con pa-

Grabado núm. 3.



so más firme que de costumbre. Acudió presuroso á preguntarla si se la ofrecia algo. Hallóla vestida, envuelta en su gran capa de paño, y guardando en su seno el envoltorio que encerraba las reliquias, no ya desconocidas para Ondarra.

—¿Qué haces?—la dijo este.—Desde que estás delicada no acostumbras á levantarte tan temprano, y aun menos de-

bes hacerlo mientras no haya pasado del todo esta estacion rigurosa.

—Voy á salir,—contestó resueltamente la jóven.

—¿Salir? ¿á tal hora? ¿con este frio?—exclamó Anton asombrado.—No; no lo permitiré por cuanto hay en el mundo.

—Lo permitireis,—repuso ella con voz firme;—porque



él os suplicó no pusiérais obstáculo al cumplimiento de mi última promesa,—para que el cielo me perdonara el haber faltado á las primeras:—ha llegado el momento previsto en aquel en que os dirigió su súplica.

Anton creyó que Rosa deliraba. Sabia por ella cuál era la última tristesísima promesa, á que se referia; pero tampoco ignoraba,—pues se lo dijeron el día antes los mismos hermanos adoptivos de Félix,—que precisamente aquel día se encontraba este en repentina y notable mejoría, que los llenaba de júbilo. Quiso, por tanto, obligar dulcemente á Rosa á que se volviese al lecho; pero halló tal resistencia, que hubo de plegarse él mismo, limitándose á acompañarla.

La jóven se dirigió despacio, pero con planta segura, al pequeño cementerio del pueblo; al llegar cerca de él vió Ondarra,—que la seguía inquieto,—salir de sus puertas un grupo de hombres, trayendo vacía la camilla en que sin duda acababan de transportar un cadáver.

La impresion causada por aquella vista fué tanto más profunda, cuanto reconoció al momento á los hermanos adoptivos de Erlia formando parte del lúgubre cortejo. Lleno de sorpresa y zozobra, se acercó para inquirir si era verdad lo que comenzaba á sospechar; pues aun le parecia más probable que fuese el viejo paralítico quien hubiera sucumbido.

Rosa, mientras tanto, continuó su camino sin aparente emocion, como si nada hubiera visto; y entrado que hubo en el solitario recinto, se dirigió sin vacilar á un paraje en que la tierra, recientemente removida, indicaba que acababan de ser depositados en su seno los restos de un mortal. Arrodillóse sobre ella, besóla con religioso respeto, y empezó á esparcir con mano trémula las pobres reliquias de la abeja y de la flor, entre las que se hallaba la semilla de ésta.

Inclinóse luego nuevamente, regando el suelo con sus lágrimas, y en el momento en que Anton, turbado y lleno de asombro, llegaba junto á ella—preguntándose á sí mismo, quién habia podido comunicarle la noticia del triste suceso, cuya certeza acababa él de adquirir,—la oyó murmurar con dulcísima voz sobre la humilde sepultura:

—¡Adios, Erlia! Pronto te cumpliré el resto de mi promesa. Pronto descansaremos juntos.

Dicho lo cual, se levantó, rebozándose de nuevo en su capa, y tomó el brazo de su marido para regresar á su albergue. Pero lo que la habia oido, despertaba una sospecha demasiado horrible en el alma de Anton para que pudiera disimularlo, y la dijo—á los pocos pasos,—con acento profundamente afectado:

—El ha pasado de esta vida á la otra con todos los sentimientos de un buen cristiano, cuando Dios le llamó; y no debes olvidar, Rosa, que los que levantan contra su propio pecho una mano criminal, acortando voluntariamente el plazo que les señaló el Criador, jamás serán partícipes del descanso que ya goza en este momento aquel por quien lloramos.

(Se continuará.)

QUÍMICA DOMÉSTICA.

I.

¡Cuántas veces podrá suceder, amables lectoras, que apenas usado un vestido, por una ligera mancha, habrá precision de deshacerlo, desecharlo, ó por lo ménos cambiarle de forma y adornos, con el objeto de encubrir su deterioro?

Pues bien; de hoy más, con solo recurrir á EL ÚLTIMO FIGURIN, podrá encontrarse todo lo necesario en él para evitar estos inconvenientes, pues dedicados por completo al estudio de agradar al público, hemos emprendido esta seccion de química, no sólo para lo concerniente á los trajes, sino para ese cuidado especial de la plata, de los dorados, del mármol y de los muebles, que toda dueña de casa debe saber, aun cuando no sea sino para ordenar á sus criados cómo deben ejecutarlo.

Espezamos, pues, nuestra tarea por uno de los objetos más necesarios, que son los encajes, sean velos de mantos, guarniciones, puntillas, Cluny, Cambray, Chantilly, ó de otra clase.

Por los extremos ó bordes del encaje se pasará una seda como si fuera para fruncirlo, y se hace una lazada en cada extremo, y se enrolla el encaje formando dos ó tres paquetes, atravesados cada uno de ellos con un hilo muy fino.

Prepárese despues agua de jabon, y déjese enfriar hasta que solo esté tibia, y entonces se empapan en ella los encajes, frotándose ligeramente, y añadiendo un poco de agua caliente.

Fácil es, amables lectoras, cambiar el agua de jabon por otra más caliente, hasta que ya sin jabon alguno se vea están los encajes bien claros, hecho lo cual, se pondrán sobre un paño, y despues se dejarán durante algunas horas en una vasija con cerveza.

Despues de esto, podremos extenderlos sobre una tabla de plancha, tendiendo las sedas y sujetándolas por las lazadas con un alfiler, para que el encaje no forme pliegue alguno y cubriéndolo con un paño, se pasa la plancha bien caliente, cuidando esté bien húmedo para que quede terso y con todo el brillo de nuevo.

En nuestro proximo número, continuaremos. ocupándonos de otros objetos.

Hinnova.

EL LIBRO DEL CORAZON,

NOVELA DE COSTUMBRES

DE D. RAMON ORTEGA Y FRIAS.

(Continuación.)

—Ahora,—dijo Magdalena,—atrévase usted á separarlos, atrévase usted en mi presencia... ¡Oh!... ¿Por qué no lo hace usted?... Caballero, es usted un cobarde.

—¡Señora!...

—Si tiene usted valor...

—Sí, los separaré.

—¿Y con qué derecho?

—Con los que me ha dado María, con los de mi dignidad, con los de mi honor...

—De rodillas,—dijo Magdalena,—de rodillas si quiere usted que le perdone la más sublime, la más virtuosa, la más pura de las mujeres.

—Despues de la ofensa la burla...

—De rodillas,—volvió á decir la pobre madre,—de rodillas ante mis hijos.

—¡Sus hijos!...

—Sí, Alberto es mi hijo...

—¡Ah!

Y de rodillas cayó Enrique, cubriéndose el rostro con las manos.

No necesitaba más explicaciones para comprender la situación.

¿Qué le importaban los detalles de la historia de Magdalena?

Lo interesante para él era la virtud y el amor de María.

La abnegacion de esta rayaba en lo incencebible, y Enrique dudó si soñaba.

—¡Perdon, perdon!—exclamó con voz ahogada.

Entonces fué cuando se dejó ver el hombre de las gafas verdes.

Magdalena lo miró sin que le fuese posible contener un grito.

Acababa la infeliz de confesar su deshonor, suponiendo que no la escuchaba nadie más que el que debía ser esposo de su hija.

No se le ocultó al señor Gonzalez el efecto que habia producido su presencia; pero no por esto se alteró, sino que acercándose á Enrique, le dijo tranquilamente:

—Ya ve usted como yo no me equivocaba, y que muchas veces las apariencias engañan hasta el punto de que no es verdad lo que se ve.

—¡Dios mio!—murmuró Magdalena en tanto que fijaba una mirada de afán indescriptible en el señor Gonzalez.— Esa voz...

—Hoy es el día de la justicia y las reparaciones, el día del perdón, y abrigo la esperanza de ser perdonado como mi amigo Enrique,—dijo el señor Gonzalez.

Y se quitó las gafas.

—¡Andrés!—exclamó Magdalena.

—No te equivocas...

—¡Ah!...

—Has perdido el esposo que aceptaste para devolver á tu padre la tranquilidad, y por consiguiente, puedes ser mi esposa y legitimar así la existencia de nuestro desgraciado hijo.

—¡Mi padre!—exclamó Alberto.

Lo que entonces sucedió no puede describirse.

Media hora pasó antes de que recobrasen la calma, si quiera lo suficiente para darse explicaciones de la situación.

—Todo lo sé,—dijo el señor Gonzalez,—por que tu apoderado don Benigno Gonzalez era mi hermano. Además, el anciano criado de Enrique lo fué de tu buen padre, cuando cometí el abuso de que me avergüenzo. Hace tres meses que estoy en Madrid haciendo observaciones para adoptar una

resolución. Dios ha querido que repentinamente muera mi hermano en los momentos críticos en que se decidía nuestra suerte. No ignoro que toda la fortuna de tu hija se la habías confiado; pero yo soy el único heredero, y por consiguiente, nada perderá María. He conseguido hacer en América una gran fortuna, y nuestro querido Alberto debe considerarse también rico.

No hay que decir que la hija de Magdalena perdonó de muy buena gana á su celoso amante, y que éste juró tan ciega fe en la virtud de la mujer sublime que iba á ser su esposa.

—Y aceptabas hasta tu deshonor,—dijo Enrique á María,—renunciabas á mi amor, dejabas que tu hermano muriese...

—Cumplía mi deber.

—Tanta abnegación...

—Antes que mi propia honra, es la honra de mi madre.

—¡Cuánto te amo!...

—Espero que Dios me bendiga, y tengo la seguridad de que mis hijos harán conmigo lo que yo he sabido hacer con mi madre.

Quince días después se casaba Enrique con María, y don Andrés Gonzalez con Magdalena.

Alberto no consintió que se revelase el secreto más que á medias, diciendo que era hijo de don Andrés y de otra esposa que éste había tenido, pues á toda costa quería que quedase ilesa la honra de su madre.

Los recién casados salieron de la corte, comprendiendo que así se les olvidaría más fácilmente, y no se harían muchos comentarios sobre los sucesos que acababan de tener lugar.

Alberto debía concluir su carrera al año siguiente, y anunció su resolución de partir luego para América y ocuparse en liquidar todos los negocios que allí tenía pendientes su padre.

El joven no era completamente feliz, porque á pesar de su juventud, tenía ya la experiencia de los cuarenta años y había devorado muchas de las amarguras de la vejez.

En cuanto al sistema de vida que se había trazado antes de conocer á su padre, no cambió tampoco, sino que, por el contrario, creyó que entonces, como nunca, podría ponerlo en práctica, puesto que era rico y las riquezas le suministraban poderosos medios para realizar sus fines.

—Soy rico,—decía,—pero los ricos tienen más deberes que cumplir que los pobres; tienen por lo menos el deber de hacer muchos beneficios.

¡Cambió de opiniones Alberto?

No, y algún día hemos de verlo representando el más in-

terésante papel en dramas misteriosos como el que acabamos de referir.

FIN.

LOS ABANICOS IMPERIALES.

La sociedad inglesa se preocupa mucho en estos momentos con la variedad y riqueza de los abanicos, que se presentan en la exposición Harry, propiedad de nuestra ilustre compatriota la emperatriz Eugenia, y que se hallan de venta.

Tres series hay curiosas y ricas. Abanicos franceses, chinos y japoneses.

Entre los primeros hay uno del tiempo de Luis XIII, de nácar, pero que parece de delicadísimo encaje sembrado de flores y pájaros.

Otro que perteneció á la Marquesa de Pompadour, tiene el país de vitela, pintada por Watteau: es de marfil esculpido y representando amorcillos y escenas pastoriles.

Uno sobre todos, el núm. 8, atrae las miradas de la multitud, con interés y compasión: ¡ha pertenecido á la infortunada María Antonieta! El armazon es de oro, rubís, diamantes, perlas y esmaltes: es de marfil, calado, y representa paisajes holandeses: para modernizarlo colocaron una águila imperial de diamantes, lo que aumenta su riqueza.

Otro de marfil, con incrustaciones de oro y plata y país vitela, copiando la *Fuente de Amor*, de Watteau, es también precioso.

Del siglo pasado, de marfil calado y con los medallones de Luis XVI y María Antonieta, y país representando pastorcillos y pastoras, es el número 9.

El *Tocador de Diana* y la *Sentencia de París*, imitación de Watteau, época Luis XV, son los números 1, 3 y 4.

El número 12 sirvió para la boda de la Emperatriz, y no puede darse objeto más espléndido y rico.

La corona imperial, sostenida por amorcillos con las ini-

ciales E. N. de oro, forman un centro, y por el otro, rodeada de flores, la fecha 30 de Enero de 1853. El armazon es de nácar, las pinturas estilo del Renacimiento, son de Camilo Roqueplan.

Otros varios no menos curiosos, pero no tan ricos, completan la colección.

No concluiremos sin reseñar algunos de los de la sección china: uno de ellos, llamado *cabriole*, con figuritas pintadas sobre

marfil, con fondos de plata.

Pájaros, flores y mariposas, con la corona y cifra imperial, forma el todo de otro.

Hay uno lindísimo, de sándalo con flores de plata sobre fondo azul, y el país representa algunos niños jugando al soldado.

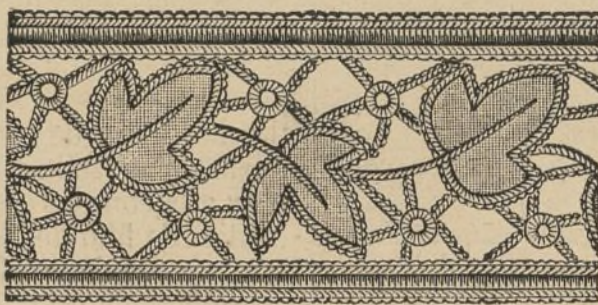
Mencionaremos también un abanico japonés, que llama la atención por la maestría con que se armonizan dos colores tan opuestos como el azul y el verde.

Una lujosa y elegante sombrilla blanca bordada forma parte también de los objetos curiosos que se admiran.

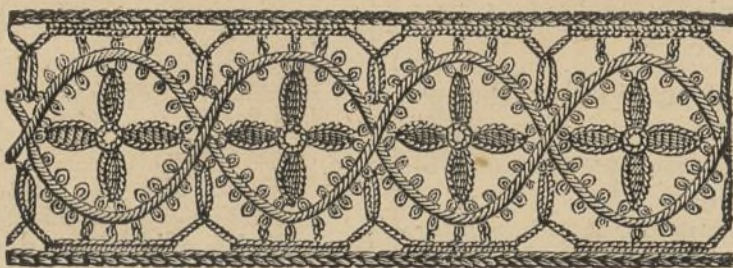
En el extremo se ve la corona imperial, que es de diamantes y esmalte: en el bastón de la sombrilla se destacan preciosas hojas de relieve esmaltadas, y en su fondo resalta una serpiente de diamantes: el extremo es una gruesa manzana de oro.

¡Cuántos recuerdos de días más felices para la augusta dueña de esos objetos se encierran en ellos!

Grabado núm. 4.



Grabado núm. 5.



¡Cuántas lágrimas también, cuántas amarguras, qué de decepciones habrán presenciado!

Testigos mudos son, sin embargo, páginas elocuentes de la historia; y como en un panorama, al fijar los ojos en aquellos encajes de marfil, vemos pasar ante nuestra vista las recepciones de Catalina de Médicis, en el antiguo Louvre, los amores de Luis XV, las fiestas de Versalles, presididas por aquella hermosa y desventurada reina, cuyos últimos días se deslizaron en la sombría prision del Temple; y por último, á la heredera de los Guzmanes, cobijada por el trono de San Luis, feliz, halagada, y poco despues henchida de amargura, pero enérgica y digna ante la desgracia, destronada y sin ventura.

¿No es, pues, una verdad que un frágil objeto artístico, encierra un mundo de recuerdos y lleva escrito en sus paisajes algo poderosamente sublime é imperecedero?

LA BARONESA DE WILSON.

EXPLICACION DEL FIGURIN SUELTO.

1.º Falda de tafetan rosa, con un rizado picado y formando un volante de 60 centímetros por detrás y 40 por delante. Túnica de gasa á fular de seda blanca, drapeada formando puff y con un volante de 15 centímetros; corpiño muy escotado con tirantes rosa formados con bieses.

Una rosa adorna el peinado: zapato de raso blanco con lazo rosa.

2.º Traje de baile para niña de cinco á ocho años.—Falda de seda azul lisa por detrás y con conchas por delante; túnica de tarlatana blanca con lunares azules, abierta por delante y adornada con un volante; banda de seda azul, drapeada en el hombro y anudada á un lado de la túnica.

Medias de seda blanca y zapato blanco con lazo azul
Ramo de vellosillas en el cabello.

3.º Traje para baile, amarillo y gris.—Túnica de seda gris con un volante de raso amarillo, adornado por delante con una guirnalda de pensamientos que forman la cabecilla del volante.

Segunda túnica de raso amarillo abierta por delante formando dos puntas y adornada con encaje blanco. La túnica gris forma delantal y vuelve á los costados sujeta con ramos de pensamientos.

Corpiño de raso amarillo con berta de encaje y ramo de pensamientos, así como en los cabellos.

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 1.

1.º Traje de cachemir de dos puntos de color: gris oscuro y gris claro. La primera falda va guarnecida en el borde con flecos y terciopelo formando conchas, y á 10 centímetros de distancia un fleco y un terciopelo.

Túnica redonda por delante, drapeada por detrás y adornada lo mismo que la primera falda. Corpiño con aldetas cortas por detrás, más largas por los costados y pequeñas por delante, que tendrán 20 centímetros y 50 de cada lado.

Sombrero de castor gris, adornado con terciopelo, lazo y plumas.

2.º Vestido para niña de seis á ocho años.—Falda de poplin gris oscuro, adornada con terciopelo negro. Segunda falda lisa recogida á los lados con lazos de terciopelo negro y cinturón con caídas de esto mismo. Corpiño redondo.

La túnica deberá tener 40 centímetros, formando puff por detrás.

Sombrero de castor negro bordeado con terciopelo y adornado con plumas azules.

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 2.

1.º Casaca Luis XV.—Esta chaqueta es de faya adornada con encaje blanco con peto y solapas de terciopelo negro. Cuello Médicis de encaje blanco.

2.º Chaqueta de cachemir gris perla con entredos de encaje de Brujas: es ajustada y tiene bolsillos por detrás. Mangas bullonadas. Cinturón de crespon de China con borlas y el cual se anuda al talle: otra banda más pequeña de hombro á hombro.

3.º Delantero de la chaqueta número 2.

4.º Chaqueta número 1 vista por detrás.

5.º Corpiño sin mangas.—Se hace de seda negra, adornado con terciopelo, y un volante por delante forma manteleta y postillon por detrás.

6.º El corpiño sin mangas visto por detrás.

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 3.

1.º La Cigarra.—Primera falda de raso encarnado adornada con notas de música y terciopelo: segunda falda de faya gris perla, recogida con coquetería á cada lado. Corpiño de terciopelo encarnado con aldetas cortas y mangas largas Carlos X; camiseta de muselina plegada. Toca ovalada, con los bordes del ala vueltos, forrados con faya gris y terciopelo encarnado; dos plumas derechas.

2.º La Hormiga.—Zagalejo con listas negras y blancas. Segunda falda de cachemir gris, recogida á la aldeana. Corpiño de terciopelo sin mangas. Delantal de percal con bolsillos bordeado de puntillas; mangas también de percal. Pañuelo de muselina, adornado con encaje y anudado. Cofia muy alta con alas que caen por detrás guarnecidas con cocas. Medias de hilo de Escocia. Zapato negro.

Aun cuando el Carnaval ha pasado, sin embargo, estos caprichosos y originales trajes, han llamado tanto la atención en Paris, en uno de los bailes, que no hemos vacilado en presentarlo á nuestras lectoras.

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 4.

Entredos á punto de Venecia. (Véase labores.)

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 5.

Entredos de crochet. (Véase labores.)

CONSEJOS.

Dad ocasion á los demás de agradar en la conservacion, y de ese modo os hareis agradable.

* *

Deber es de una amable dueña de casa, hacer admirar el talento de sus convidados.

* *

No debe dejarse para el dia siguiente la buena accion que pueda hacerse en el anterior.

* *

Rendir homenaje á la virtud es un deber, y buscar la amistad de las personas ilustres por su talento, acreditará buen gusto.

Quien se casa por dinero, ese se cansa primero.